





14.

Edward: el traficante del amor

Edward era un hombre curtido por el mar, de corazón encallecido por su oficio: el tráfico de esclavos. Cargaba su barco con almas despojadas de toda dignidad en la Isla de Jade para comercializarlas en los distintos puertos de las ciudades costeras, principalmente en Temerant y Xantara. Los hombres de contextura fuerte y robusta eran destinados al trabajo duro en las minas y el agro; los flacos y pequeños, para labores de pastoreo u oficios como la carpintería, la orfebrería o la herrería. Las mujeres, por su parte, iban en su mayoría a parar a manos de las Madams, quienes, con cruel precisión, moldeaban a las de mayor potencial para ser entregadas a magnates de gustos exquisitos, mientras que las más comunes alimentaban los burdeles del puerto o eran distribuidas para otros oficios en posadas y tabernas.

Edward no sentía remordimiento alguno por su labor; incluso se sentía orgulloso de lo que hacía. Desde su punto de vista, era un visionario, un empresario del amor y el progreso. Sin embargo, en ciertos momentos lo invadía un vacío inexplicable, una especie de sombra interior que lo empujaba de un lado a otro, en un ciclo de travesías y hospedaje que solo lograba silenciar con el tintineo de las monedas.

En uno de sus viajes, mientras cruzaba el violento mar entre Iskandor y la Isla Zargandar, la desgracia lo alcanzó sorpresivamente. Fue atacado por despiadados piratas liderados por Renzo, el *Demonio del Mar*, quienes

asaltaron su barco al no recibir el tributo exigido por permitirle transitar en aquellas aguas y enriquecerse con el sacrificio ajeno. Entre cañonazos, golpes y espadas, la nave de *El Mercader de las Flores* -como lo llamaban por las hermosas doncellas que traficaba- naufragó, dejando a la deriva a la tripulación y al valioso cargamento, entregados al hambre del mar.

Edward, aferrado a un trozo de madera y a su fe en el Santo, quedó solo a la deriva, perdido en el azaroso océano durante varios días, esperando un milagro. Entonces, como si el universo respondiera a sus deseos más profundos, emergió de las profundidades una criatura hermosa, de piel brillante, ojos de inocencia absoluta y una voz cuyos cantos prometían salvación. Era una especie de ancla de amor, para un corazón errante e infiel.

La criatura lo guió con delicadeza hasta una cueva submarina, un refugio de corales y magia donde el tiempo parecía detenerse para permitir que estuvieran juntos. Allí sellaron un pacto: él la mantendría a flote en su mundo de tierra y aire, y ella lo salvaría de las aguas profundas que querían reclamarlo. Edward, por primera vez, sintió una emoción desconcertante, un anhelo profundo, un deseo real de que aquel amor imposible se materializara. Pero las dudas y el miedo lo carcomían, congelándolo, incapaz de consumir aquello que su corazón le susurraba con tristeza.

El tiempo y la naturaleza de cada uno fueron desnudando la realidad que intentaban evadir: la criatura no era su salvadora, sino una prisionera de su propia desdicha; un ser atrapado en las profundidades que buscaba en Edward una liberación que él no podía darle. Lo sabía, siempre lo supo, pero se aferró a la esperanza de estar equivocado, aunque eso lo enfrentara con su propia conciencia y deseo. Así, mientras en la superficie ya no quedaban rastros ni sobrevivientes de la batalla perdida, Edward comprendió que debía liberarla. Con un último abrazo y un beso impregnado de dolor, la empujó hacia el fondo del mar, sintiendo el peso de su desdicha como si los mismísimos dioses lo castigaran por su elección.

Arrastrado por las corrientes y aferrado a las ganas de vivir, Edward llegó a las playas de Xantara, la Ciudad Blanca, moribundo pero

transformado por la experiencia del naufragio y la pérdida amorosa. Allí comenzó de nuevo, intentando alejarse del pasado, pero el recuerdo de la criatura marina lo perseguía como un susurro constante, recreando en su mente historias de amor que nunca ocurrieron, pero que deseaba con fervor hubiesen sido reales. Precisamente, esa experiencia mágica lo llevó a cambiar su vida y empezó a buscar, a toda costa, un amor más gratificante, uno que le permitiera ser aquello que siempre anheló y nunca fue: un reflejo del eco marino que había conocido, una sombra gemela de la criatura que lo marcó para siempre.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.